

bajo un aspecto tan desfavorable como Bossuet, y compuso su *Explicacion de las máximas de los Santos sobre la vida interior* (1697), en la cual expuso la doctrina del amor puro y desinteresado de una manera mas seductora que segura¹. Bossuet temió que las consecuencias de esta obra fuesen tanto mas graves cuanto mayores eran la virtud, consideracion é influencia de Fenelon, en especial por haber encontrado en esta obra, segun la expresion del mismo Bossuet, un talento que mete miedo. Entabló este, por consiguiente, una polémica en la cual por combatir al pseudo-misticismo atacó tambien acaso la verdadera mística. Fenelon, prévio el consentimiento del Rey, sometió la decision á la Santa Sede. Inocencio XII nombró una comision de doce teólogos que al cabo de largo tiempo, y despues de muchas dificultades é incertidumbres, condenaron en general el libro de las Máximas de los Santos, y en particular veinte y tres proposiciones como escandalosas, peligrosas, erróneas é injuriosas. El Papa trató de dulcificar este resultado tan triste para un Prelado estimado y querido de toda la Iglesia, declarando que «Fenelon no habia pecado sino «por exceso de amor á Dios.» Fenelon, que recibió la decision de la Santa Sede en el momento en que iba á subir al púlpito, la leyó inmediatamente al pueblo, y suplicó llorando á sus amigos que no defendiesen mas su libro, y á los fieles que no lo leyesen. Anunció asimismo su sumision á todas las diócesis de Francia por medio de una carta pastoral, aconsejándoles que siguiesen su ejemplo. Esta magnanimidad ahorró á la Iglesia el dolor de un nuevo cisma.

¹ Explicacion de las máximas de los Santos sobre la vida interior. Paris, 1697, en 12.º *Fenelon*, Cartas al Obispo de Meaux en respuesta á los diversos escritos ó memorias sobre el libro de las máximas, etc. — Sobre el Quietismo. (Obras, nueva edicion, Paris, 1838, en casa de Lefèvre, t. II, p. 481-826). Véase *Bossuet*, Cartas sobre el asunto del Quietismo. (Obras, nueva edicion, Paris, 1836, en 4.º, t. XII, p. 1-314).

§ CCCLXVI.

Continuacion. — Literatura de la Iglesia galicana.

FUENTES.—*Picot*, Ensayo histórico sobre la influencia de la Religion en Francia, etc. *Lacretelle*, Hist. de Francia en el siglo XVIII.

Lo que hay de mas brillante en la historia de la Iglesia galicana de esta época, es su literatura teológica. Entonces se vieron los saludables frutos que habian preparado y producido la restauracion de la vida monástica, el espíritu moral y religioso resucitados por los grandes hombres del siglo anterior, tales como san Francisco de Sales y san Vicente de Paul, y la excelente educacion que recibia el Clero en los institutos de la congregacion de san Mauro, del Oratorio y en la Sorbona. Excitóse, además, el espíritu de investigacion científica por medio de las numerosas discusiones que se suscitaron entonces sobre el derecho eclesiástico y por la lucha con el Protestantismo. El reinado de Luis XIV, tan feliz y tan brillante en el principio, dió á la nacion un impulso vigoroso y una confianza que duplicó sus fuerzas. Entonces nació el mas bello siglo de la literatura francesa, en el que la teología sostuvo dignamente su rango. Sin embargo, la filosofía del gran Descartes, léjos de ser acogida y utilizada como merecia, para fundar la teología verdaderamente especulativa, pareció al principio sospechosa bajo el punto de vista de la fe. Bossuet, no obstante, comprendió su importancia¹. Los trabajos del ilustre Malebranche, del Oratorio († 1705)², así como las investigaciones

¹ *Cartesii Op.* Francf. 1692 sig. 2 t. en 4.º *Huetii*, *Censura philosophiae Cartes.* Paris, 1689, en 12.º; 4.ª edit. 1694. Véase *Muratorii*, *De moderato ingen. in relig. neg. lib.* II, cap. 13. *Erdmann*, *Exposic. y crít. de la filosofía cartesiana.* Riga, 1834. *Hock*, *Descartes y sus adversarios.* Viena, 1833. Véase *Gunther*, y *Pabst*, *las Cabezas de Jano.* Viena, 1834, p. 1-10, 223 sig. 227-37. *Sengler*, *Introd. á la filosofía y á la teología dogmát.* Heidelb. 1837, p. 9-31. *Fr. Bouillier*, *Historia y crítica de la revolucion cartesiana.* Paris, 1842 (obra premiada por el Instituto). *Bordas-Demoulin*, *el Cartesianismo*, 2 tom. en 8.º Paris, 1843 (obra premiada por el Instituto).

² *De la Investigacion de la verdad*, 1673; *Tratado de la moral.* Rotter. 1684; *Tratado de la naturaleza y de la gracia*, 1682. Véase *Fenelon*, *Refutacion del*

teológicas de Bossuet, Huet y otros, tuvieron poca influencia en el método teológico. La apología del Cristianismo del obispo de Avranches, Huet († 1721) ¹, apoyada en pruebas puramente históricas, los milagros y las profecías, y dirigida sobre todo contra la asercion de los judíos, de que las profecías no prueban nada en favor del Cristianismo, es muy inferior, á pesar de su inmensa erudicion, á los pensamientos originales y profundos de Pascal († 1672) ², que despues de haberse manifestado desde su juventud un poderoso genio matemático, se dedicó enteramente mas adelante, y despues de una grave enfermedad, al estudio del Cristianismo. La apología de Houteville († 1742) ³, está igualmente formada bajo el punto de vista histórico. Juan Claudio Sommier († 1737) merece una mencion especial por su historia dogmática de la Religion, muy avanzada para su época bajo el aspecto psicológico ⁴. La dogmática propiamente dicha encontró numerosos y hábiles defensores en Juan du Hamel, del Oratorio, Natal Alejandro, Carlos Witasse, doctor de la Sorbona, Tournely († 1729), Billuart, Collet († 1770) y otros ⁵. Todos estos autores poseian só-

sistema de Malebranche sobre la naturaleza y la gracia. (Obras, nueva edic. t. III, p. 1-160).

¹ *Huetii*, episc. Abrinc. Comment. de rebus ad eum pertin. Amst. 1718. Demonstratio evangelica (1679). Amst. 1680; *Origeniana*; Cens. philos. Cartes. Véase *Tholuck*, Obras diversas. Hamb. 1839, t. I, p. 247 sig.

² Pensamientos sobre la Religion. París, 1669, 2 t. Obras. La Haya, 1779, 1819, 3 t. Véase *Tholuck*, Obras diversas. Hamb. 1839, t. I, p. 224-47. Véase mas arriba § CCCLXV, al principio.

³ *Houteville*, la religion cristiana probada por los hechos. Edicion aumentada. París, 1740, 3 t.

⁴ Historia dogmática de la Religion, ó la Religion probada por la autoridad divina y humana, y por las luces de la razon. Nancy y París, 1708 sig. 6 t.

⁵ *Du Hamel*, Theol. speculatrix et practica, juxta SS. PP. dogmata pertractata, et ad usum scholae accommod. París, 1691, 7 t. Venet. 1734, 1 t. in fol. Además: Theol. Summarium. París, 1694, 3 vol. in 12. *Natal. Alex.* Theol. dogm. et moralis. París, 1693, 10 t. in 8; 1703, in fol. *Witasse*, Tractatus de Poenitentia, Ordine, Eucharistia, de attributis Dei, de Trinitate, Incarnatione, etc. (1722) nov. ed. Lovan. 1776 cum notis. *Tournely*, Cursus theologicus scholastico-dogmaticus et moralis. Venet. 1728; Colon. 1734. *Billuart*, Summa sancti Thomae hodiern. academiari. moribus accommodata. París, 1738; Wirceb. 1738, 3 vol. in fol. París, 1844. *Collet*, Institution. theol. schol. sive Theol. speculativa. Lugd. 1732, 2 t. in fol.

lidos conocimientos, á los que muchos de ellos añadian penetracion, claridad y extension en los conceptos. Á pesar de sus esfuerzos para evitar inútiles distinciones escolásticas, no escaparon de ellas, como tampoco del mismo método escolástico. La historia de la dogmática, tan felizmente emprendida por Petau, fue continuada por Tomasino ¹. La moral permanecia siempre unida á la dogmática y mezclada de explicaciones que pertenecian mas bien al derecho canónico, faltándole al mismo tiempo profundidad y vida. No se la trataba generalmente sino como un casuismo, rebajándola además con la doctrina del probabilismo. Sin embargo, Malebranche en su *Tratado de moral*; P. Nicole en sus *Ensayos de moral*, y el oratoriano Bern. Lamy ², en su *Demostracion*, buscaron métodos nuevos y mas agradables. Pero fueron sobre todo el arzobispo de Cambrai, Salignac de la Motte Fenelon muerto en 1715, y el grande obispo de Meaux, Bossuet, muerto en 1704, uno y otro gloria de su siglo, los que propagaron las verdaderas ideas del Cristianismo. Fenelon ³, alma elevada, inteligencia brillante, imaginacion amable y fecunda, carácter recto y franco, cuyas obras hablan al corazon tanto como al entendimiento, alimentan la piedad, encantan el oido, y vivirán eternamente por el brillo de las ideas, la pureza de los sentimientos y las maravillas del estilo; Bossuet ⁴, genio mas sublime, inteligencia mas viva todavia, pronto á emprender todas las cuestiones, y mas pronto aun á resolverlas, y cuya palabra, siempre elocuente, siempre admirable en su sábia riqueza ó su majestuosa sencillez, respira la religiosa melancolia de que se halla poseido el hombre de Dios.

Á pesar de las obras maestras de estos prodigiosos ingenios, la historia eclesiástica fue en aquella época el ramo de los conoci-

¹ Dogmata theologica. Par. 1684 sq. 3 vol. in fol. Véase arriba, t. I, p. 36, n. 1.

² Demostracion de la verdad y santidad de la religion cristiana. Par. 1688, en 12.º; Rouen, 1706, 5 t.

³ Obras espirituales. Amst. 1723, 3 t. en 12.º Obras, nueva edicion. París, 1838. *Bausset*, Hist. de Fenelon. París, 1809, 3 t.

⁴ Obras. Venecia, 1736 sig. 3 t. en 4.º; París, 1744, 4 t. en fol. Obras póstumas. Amsterd. (París), 1753, 3 t. en 4.º Obras completas. París, 1836, 12 t. en 4.º *Bausset*, Historia de Bossuet. París, 1814, 4 t.

mientos teológicos mas profundos en resultados. Fue un admirable espectáculo ver los gigantescos trabajos realizados entonces con tanta paciencia como arte por las congregaciones de san Mauro, del Oratorio ¹ y la Compañía de Jesús para la patristica, la arqueología cristiana y la historia eclesiástica. Entre los Jesuitas, los mas beneméritos fueron Fronton le Duc, Sirmon y Juan Garnier. Los nombres de los benedictinos Montfaucon, Massuet, Ruinart, Julian Garnier, de la Rue, Toutté, Martianay, y Prud. Maranus; de los dominicos Combefis y le Quien, y de los teólogos Cotelier, Launoi, Balucio y Valesio serán inmortales en los anales de la literatura teológica. Du Pin consagró su vida á redactar la biografía universal de los autores eclesiásticos; Cellier, como Du Pin, publicó la historia de estos escritores y el catálogo y cronología de sus obras; Ricardo Simon ² echó los fundamentos de la verdadera crítica de las santas Escrituras. Ricardo Simon nació en Dieppe (1638), fue educado en el Oratorio, del que se hizo miembro, manifestó desde el principio un gusto pronunciado por la filología y los estudios arqueológicos, desarrolló por una aplicación infatigable su talento natural, adornándole con una inmensa erudición, y llegó á ser el primer crítico de los tiempos modernos. Desgraciadamente las aseveraciones atrevidas y las frecuentes exageraciones de sus escritos suministraron á Bossuet y á Du Pin armas para atacarle y combatirle. Houbigant siguió la misma carrera, haciendo excelentes trabajos sobre el texto del Antiguo Testamento; en los que todavía se advierte demasiado la peligrosa influencia de Ricardo Simon. Santiago Lelong († 1721) compuso una biblioteca sagrada, que contenia una noticia de todas las adiciones y traducciones de la Escritura (*Bibliotheca sacra*). Dom Martianay († 1717) hizo hacer progresos á la hermenéutica, así como tambien el P. Bern. Lamy, del Oratorio, por sus trabajos preparatorios al estudio de la Biblia ³. El Maestre de Sacy, que

¹ Véase § CCCXLVIII.

² *Ricardo Simon*, Hist. crit. del texto del Ant. Test.; Hist. crit. del Nuev. Test.; Hist. crit. de las versiones del Nuev. Test.; Hist. crit. de los principales comentarios del Nuev. Test. *Du Pin*, Disertacion preliminar sobre la Biblia. *Bossuet*, Defensor de la tradicion de los santos Padres. (Obras, nueva edicion. París, 1836, t. II, p. 120-329).

³ *Apparatus ad Bibliam sacram*, etc. Gratianopoli, 1687, in fol.

participó de los errores de los Jansenistas, puso frecuentemente notas profundas á su traduccion de toda la Biblia, y Dom Calmet, benedictino, explicó simplemente su sentido literal en sus comentarios á la sagrada Escritura, preciosos por las investigaciones arqueológicas con que los ha enriquecido. Los sábios franceses de este siglo, tan rico en escritores de todo género, dejaron tambien perfectos modelos, no solo entre los historiadores eclesiásticos, como Tillemont, Fleury, Natal Alejandro, Bossuet, Hardouin, Labbé y Cossart, sino tambien entre los predicadores notables por su movimiento oratorio, la riqueza de sus pensamientos y la perfeccion de su estilo y composicion. Tales fueron, al lado de Bossuet y de Fenelon, Flechier, obispo de Nimes († 1710), cuya palabra noble, elegante y florida supo doblar todas las grandezas bajo el yugo de la cruz ¹; Bourdaloue, de la Compañía de Jesús ², menos brillante, pero mas vigoroso, de menos facundia, pero mas profundo, y, sin disputa, uno de los mas incomparables oradores sagrados († 1704); Massillon, obispo de Clermont († 1742), á quien nadie aventajó en el conocimiento del corazon humano y en la descripción del hombre en lucha con las pasiones ³; el P. Bridaine (hacia 1750), el orador popular, el misionero patético y formidable por excelencia ⁴.

¹ Panegíricos de los Santos; Oraciones fúnebres; Sermones.

² Obras, por *Rigaud*. París, 1708 sig. 16 t. nueva edic. París, 1838, 3 t.

³ *Massillon*, Obras completas. París, 1838, 3 t.

⁴ Sermones del P. *Bridaine*. Aviñon, 1827, 7 t. Véase *Maury*, Ensayo sobre la elocuencia del púlpito. París, 1810, t. I.

§ CCCLXVII.

Decadencia de la Religión y de la teología en Francia. — Influencia de los libres pensadores de Inglaterra.

FUENTES. — *Barruel*, Memorias del Jacobinismo. (*Stark, J. Auc. de*), el Triunfo de la filosofía en el siglo XVIII. Francf. 1803, 2 partes, revisada por *Buchfelner*. Landsh. 1834. *Walch*, Nuev. hist. relig. t. I-III. *Huth*, Hist. ecles. del siglo XVIII, t. II, p. 265.

Después de un período lleno de esplendor, la Religión se debilitó en Francia decayendo con una espantosa rapidez.

La regencia del Duque de Orleans y la depravación de una corte enteramente sensual, fueron las causas principales de ello. La Religión, caída en un profundo descrédito en la corte, relegada á las estériles ceremonias del culto, no fue ya mas que un asunto de pura formalidad, de que se burlaban los mismos á quienes todavía se veía tomar parte en ella: el deplorable resultado de la controversia jansenista contribuyó por su parte á hacer decaer el sentimiento religioso y á poner en ridículo la piedad. El verdadero probabilismo, defendido por algunos jesuitas y atacado con satírico vigor por algunos hábiles jansenistas, conmovió fuertemente las bases de la moralidad. Desgraciadamente también, el escepticismo histórico, triste precursor del escepticismo general que invadía la sociedad, fue llevado hasta el absurdo por algunos jesuitas, tales como *Hardouin*, mientras su discípulo *Berruyer* trataba la historia del Antiguo Testamento como una pura novela, y escandalizaba á la Iglesia con la ligereza y tono profano de sus relaciones. La obra de *Berruyer*, aunque enérgicamente combatida por otros jesuitas, tuvo un éxito prodigioso. Poco á poco se fueron perdiendo el sentimiento religioso y la profunda inteligencia del Cristianismo; los escrupulosos estudios y serias investigaciones de la historia fueron reemplazados por una ciencia superficial y charlatana que se llamó filosofía, y cuyas obras eran la expresión fiel del espíritu del siglo. La Inglaterra¹ fue proclamada la tierra clásica del libre pensa-

¹ *Thorschmid*, Ensayo sobre una biblioteca de los libres pensadores. Halle, 1763, 4 t.

miento: se abrazaron con entusiasmo las doctrinas de sus filósofos, y primeramente el empirismo de *Locke* († 1704), que se resuelve necesariamente en un puro materialismo. Ya en una época anterior *Herbert*, conde de *Cherbury* († 1648), había declarado que puede establecerse á lo sumo la verosimilitud, pero que no es posible demostrar la certidumbre de la divinidad del Cristianismo; que hasta para salvarse creer en Dios, honrarle por la virtud, arrepentirse de sus faltas, enmendarse de ellas, y estar convencido de la remuneración de las acciones buenas y malas que nos está reservada en la otra vida. El irlandés *Toland* suscitó dudas sobre la autenticidad de la Biblia († 1722), burlándose primero del Clero, y tratando de demostrar después que el Cristianismo no tiene misterios, y que no encierra nada que sea superior á la razón humana. El Conde de *Shaftesbury*, discípulo de *Locke* († 1713), no dejó escapar ocasión alguna de burlarse de la sagrada Escritura, de las profecías y de los milagros. *Antonio Collins*, el libre pensador, fue todavía mas peligroso. *Tom Woolston* († 1733) declaró que toda la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento no es mas que una alegoría sostenida. El jurisconsulto *Tindal* († 1733), enemigo del Clero, atacó todavía con mas fuerza al Cristianismo, y negó la necesidad de la revelación, suponiendo que basta la razón natural. *William Lyons* († 1713) proclamó la infalibilidad de la razón, y atacó el estado eclesiástico como una invención puramente humana y una perpétua patraña, por lo mismo que no puede concebirse la revelación divina y que todo milagro es indemostrable. El célebre *Dav. Hume* († 1776) negó á su vez, en virtud de su escepticismo absoluto, la verdad del Cristianismo, sosteniendo que el Politeísmo es la forma de religión mas antigua, que de ella salió después el Monoteísmo, y que la religión mas razonable es el Deísmo puro¹.

Este odio al Cristianismo pasó de Inglaterra á Francia, donde encontró un terreno preparado hacia mucho tiempo, y donde se enardeció tanto mas, cuanto la libertad de la prensa no reinaba en Francia como en la otra parte del estrecho, y cuanto el clero, todavía omnipotente, trataba de reprimir allí á sus adversarios. Es-

¹ *G.-V. Lechler*, Historia del Deísmo en Inglaterra. Stuttg. 1841.

tos empezaron por escribir descripciones de viajes, en las que atacaban y escarnecían bajo formas más ó menos transparentes al Cristianismo y la Iglesia como instituciones pertenecientes á pueblos remotos. Tales fueron la Historia de Severambes por Vairesse¹; el Viaje y aventuras de Jacobo María por Simon Tyssot de Palot; la descripción de la isla de Borneo, por Fontenelle; las Cartas persas de Montesquieu y la Vida de Mahoma, compuesta por el conde Enrique de Bouillon-Villers († 1722), con el fin de probar la superioridad del Mahometismo sobre el Cristianismo. El escéptico Bayle hacia mucho tiempo que había derramado su veneno contra la Biblia en su Diccionario histórico-crítico, y sosteniendo que la sociedad puede subsistir y florecer perfectamente sin religión.

Á estos ataques aislados sucedió una verdadera liga, una conspiración permanente de los enemigos del Cristianismo, que habían jurado la completa ruina de la Iglesia. Á su cabeza se colocó un joven poeta lleno de talento, María Francisco Arouët, llamado después Voltaire, que dió á todos los conjurados por voz de orden: *Aniquilad al infame* (¡la religión cristiana, ó el mismo Cristo!). Después de haberse familiarizado en Inglaterra con las obras de los libres pensadores, hizo juramento, dice su panegirista Condorcet, de consagrar su vida á la ruina del Cristianismo y de toda religión positiva. Así es que su tema principal, el que repitió bajo mil formas en su larga carrera († 1778), fue que la religión cristiana no es más que una invención de los sacerdotes². Sus principales cómplices fueron d'Alembert, que hubiera querido sofocar la Religión por medios ocultos; Diderot, que se declaró abiertamente en favor del Ateísmo; Damilaville, de quien el mismo Voltaire decía, que no negaba, sino que aborrecía á Dios. Su principal obra contra el Cristianismo fue la Enciclopedia, dirigida por d'Alembert y Diderot, la cual contribuyó más que nada á propagar las doctrinas antireligiosas: la mala fe de los redactores introdujo en ella textos alterados en que los nombres de Dios y de

¹ Hist. de Severambes. París, 1677 sig. 3 t. en 12.^o

² Véase Stark-Buchfelner, loc. cit. p. 34 sq. Robiano, loc. cit. t. I, página 300 sig. Harel, Voltaire; particularidades curiosas de su vida y de su muerte, etc. París, 1817.

Providencia estaban cambiados en el de *naturaleza*. Condillac († 1780), Helvecio y el infame Julian Offroy de la Mettrie proclamaron el materialismo positivo. La naturaleza tomó en sus obras el lugar de Dios, el espíritu no fue á sus ojos sino una transformación de la materia, y toda religión fue considerada como una invención política de los sacerdotes, propia solamente para engañar á los bobos. No se tuvo vergüenza de enseñar que era una casualidad que el hombre no viviese como los animales. El mismo gran Buffon confundió muchas veces en su Historia natural á Dios con la naturaleza; el astrónomo Lalande no habló siquiera de Dios; todos de acuerdo con Volney y Dupuis negaron la existencia de los personajes bíblicos, no viendo en la Historia evangélica sino un sueño astronómico. Pues si Rousseau († 1778) habló algunas veces con respeto del Cristianismo, fue más osado todavía que ellos en sus ataques contra el Evangelio, y contra toda la parte histórica de la Biblia, que encierra, según él, demasiadas contradicciones para que pueda admitirla un hombre razonable. Tal es el espíritu que anima la famosa profesión de fe del Vicario saboyano y de todo el Emilio¹. Pero todavía se mostró más hostil al Cristianismo en su *Contrato social*, que acusa á la Religión cristiana de haber acabado con la unidad en el Estado, destruido el amor de la patria, favorecido á los tiranos y entibado las virtudes guerreras. Por fin, se vió aparecer la secta política de los *economistas* ó de los *physiocrates*, que pedían la libertad ilimitada del comercio y de la industria, la igualdad absoluta en la repartición de los cargos del Estado, pronunciándose no solo contra el Cristianismo, sino contra la doctrina moderada de Rousseau. La Iglesia de Francia se hallaba tan violentamente combatida, que anunciaba una próxima catástrofe; Labat († 1803) de la congregación de san Mauro, y Neuville, el célebre predicador, hacían oír tristes y elocuentes predicciones sobre los peligros que amenazaban á la vez al trono y al altar, á la Religión y á la monarquía. La Asamblea del clero (1765 y 1770) denunció al Rey los escritos más peligrosos de los libres pensadores², y propuso algunos medios para

¹ Stark-Buchfelner, loc. cit. p. 80 sq.

² Aviso del Clero de Francia, reunido en París, sobre los peligros de la incredulidad.

reprimir los progresos de esta impía conjuración. Una memoria que se publicó poco tiempo después, presentó consideraciones todavía más graves. Los sabios tomaron la pluma para defender el Cristianismo, así como otros lo atacaban, y trabajar así en la salvación común tan horriblemente comprometida. Querido el Parlamento por el abogado general Seguier ¹, dió un decreto, por el cual, atendiendo á las reclamaciones del Clero, condenaba siete obras escandalosas á ser quemadas. Á esto se redujo, empero, cuanto hizo el Parlamento por la causa de la verdad y de la Religión. Los enemigos del Cristianismo veían su influjo ir en aumento de día en día, iban atrayendo á su partido y ganaban para su causa á príncipes extranjeros, ministros y magistrados, y con el favor de ministros omnipotentes, como Choiseul y Malesherbes, iban introduciendo su acción en las instituciones de la juventud. El último, director de la librería y en consecuencia presidente de la censura, cuidó de hacer imprimir, en el interior mismo del reino, y dejar circular libremente los libros antireligiosos. Nada podía, pues, retardar ya el triunfo del mal. Y, sin embargo, precisamente de en medio del espíritu ligero y frívolo que desolaba á la Iglesia y la sociedad, se vió salir la Orden religiosa más austera que nunca haya existido. Bouthillier de Rancé ², prelado rico, ilustre é instruido, entró después de una juventud brillante y disipada, y á consecuencia de profundos disgustos, en el monasterio de la Orden de Cistercienses de la Trapa (1662), del cual estaba nombrado abad desde su infancia. Restableció en él la regla en todo su rigor primitivo; é impuso á los Trapenses mortificaciones tan grandes, que hasta les rehusó el consuelo de hablarse entre sí y de cultivar las ciencias. Á pesar de su excesiva austeridad, tuvo esta Orden numerosos discípulos, especialmente de Inglaterra y Alemania.

¹ Requisitoria sobre la cual recayó auto del Parlamento, año 1770, impresa por orden expresa del Rey. Véase *Walch*, Nueva historia religiosa, P. I, p. 471-86; P. II, p. 3 sig. *Robiano*, loc. cit. t. II, p. 53.

² *Holstenius-Brockie*, t. VI, p. 369. *Rancé*, Tratado de la santidad y de los deberes de la vida monástica, 1683, 2 t. en 4.º *Mabilion*, Tratado de los estudios monásticos, 1691. *Marsollier*, Vida del abad de la Trapa. Par. 1703, 2 t. en 12.º *L. D. B.* Hist. civil, relig. y liter. de la abadía de la Trapa. París, 1824. *D'Exauvillez*, Vida del abad de Rancé. París, 1842. *Chateaubriand*,

§ CCCLXVIII.

La Iglesia católica en Italia.

Puede decirse que la Iglesia de Italia estaba durante este período tan pacífica y tranquila, como agitada se hallaba la galicana. Únicamente el Papa había tenido, como ya dejamos dicho, algunas desavenencias algo fuertes con algunos soberanos. No debe, sin embargo, considerarse esta paz como el resultado del desarrollo armónico de las fuerzas vitales de la Iglesia: era más bien la consecuencia de una gran debilidad por parte de la autoridad religiosa y política, y de una relajación general por parte del Clero, á pesar de los parciales y muy frecuentes esfuerzos, hechos por los Obispos, para revivir y conservar la vida religiosa entre los eclesiásticos. En el número de los misioneros á quienes encargaron especialmente esta obra de regeneración, se cuentan los Redentoristas, fundados por Alfonso María de Liguori ¹. Nacido Alfonso en Nápoles de noble familia (1696), cursó con brillantez los estudios del derecho, y se distinguió luego en el foro; pero disgustado de los negocios, se entregó al estudio de la teología, y entró en un instituto de misioneros de la propaganda en Nápoles. Elevado al sacerdocio, consagróse sobre todo á la predicación y á la dirección de las almas, en cuyo ministerio aprendió á conocer las necesidades espirituales del pueblo de los campos, durante una misión en las cercanías de Amalfi, en la que tomó una parte muy activa. Penetrado de dolor á la vista de la miseria espiritual de aquellas pobres gentes, se consoló con el pensamiento de fundar un nuevo instituto que se consagrara con fervor á la educación religiosa del pueblo. En efecto, con la autorización

Vida de Rancé. París, 1844. *Gaillardin*, Los Trapenses ó la Orden del Cister en el siglo XIX; Hist. de la Trapa desde su fundación hasta nuestros días. París, 1844, t. I.

¹ *A. Giatini*, Vida del B. Alfonso Lig. Rom. 1813, en 4.º *Jeanard*, Vida del bienaventurado Alfonso Lig. Lovaina, 1829. Véase *Sion*, año 1839, números 86 y 88. Obras completas. París, 1835, 14 t. en 8.º y 12.º *Homo apostolicus*, instructus in sua vocatione ad audiendas confessiones, sive praxis et instructio confessoriorum. Traducido al español.

de Clemente XII, fundó la congregacion del *Santisimo Redentor* (1732), compuesta de presbiteros seculares, unidos con el fin de imitar á Jesucristo, instruyendo, como él, al pueblo y á la juventud. Promulgóse la regla de este Instituto el dia 21 de junio de 1742; pero pronto necesitó el santo fundador de toda la fuerza de su carácter y de toda la paciencia de su alma para vencer las inesperadas dificultades que vinieron á turbar su sábio y generoso plan. La tranquila é incesante actividad de los Ligoristas acreditó, sin embargo, dentro de poco, la sinceridad y nobleza de intenciones del fundador, que el mundo ha insistido en desconocer, no viendo en ellos mas que una especie de jesuitas, envolviéndolos, por consiguiente, en el cúmulo de preocupaciones contrarias á esta antigua congregacion.

Las misiones de los Ligoristas se abrian de ordinario por un sermón en el que se anunciaba el objeto que en ellas se proponian, y se invitaba ó exhortaba á los habitantes de la ciudad ó del pueblo á asistir asiduamente á los ejercicios religiosos de los misioneros. Por la mañana del primer dia se daba una corta instruccion, y por la tarde habia sermón, cuyos asuntos habituales eran la caida del hombre, la miseria de este por consecuencia del pecado, la justicia de los decretos de Dios, etc. En los dias siguientes se trataba de la misericordia de Dios en Jesucristo, de los méritos del Salvador, de la naturaleza y utilidad de la oracion, de los frutos de la penitencia, etc. El sermón de despedida exhortaba enérgica y cordialmente á los fieles á la perseverancia. Con frecuencia se veia, despues de una de estas misiones, á personas distinguidas y funcionarios públicos dedicarse á la enseñanza del pueblo y de los niños.

Á estos trabajos apostólicos, Alfonso de Ligorio, nombrado despues obispo de Santa Águeda de los Godos, en el reino de Nápoles, juntó el celo, el desinterés y todas las virtudes de un pontífice consagrado enteramente á su rebaño. La memoria de sus obras y de su vida († el dia 1 de agosto de 1787), piadosamente conservada en la Iglesia, fue solemnemente consagrada en 1839, por el papa Gregorio XVI, que lo canonizó.

La Italia, que durante este sueño aparente tuvo sus Santos, tuvo tambien sus sábios, y sabios de una reputacion europea. Denina,

catedrático de Turin, publicó una introduccion práctica al estudio de la teología. Muchos Papas cultivaron con buen éxito la poesia, y entre ellos Benedicto XIV fue el mas ilustre como escritor ¹. Muratori ², especialmente protegido por este Pontífice, empleó su inmensa y asombrosa erudicion, no solo para componer obras históricas, siempre y en todos tiempos preciosas, sino para llevar á los teólogos, arrastrados por la desabrida y violenta polémica del siglo anterior, hácia un método mas moderado, mas digno y mas inteligente. El cardenal Bona († 1674) compuso una obra apreciable sobre liturgia ³. El cardenal Noris publicó unas investigaciones muy sólidas acerca de las controversias del Pelagianismo. Marnani, Selvaggio y Pelliccia se ocuparon en antigüedades eclesiásticas, y Orsi, Sacharelli, Berti y otros, en la historia de la Iglesia ⁴. El dominico Mansi redactó la coleccion mas completa de los concilios. Berni de Rossi consagró su infatigable celo á la crítica del Antiguo Testamento, y publicó una coleccion muy estimada de variantes de los textos. Los Ballerini pusieron ingeniosas disertaciones á las obras de Leon el Grande, opuestas á las de Quesnel, y prestaron verdaderos servicios á la ciencia del derecho eclesiástico.

Comenzó el movimiento en Italia cuando Leopoldo, gran duque de Toscana, quiso introducir en sus Estados la reforma eclesiástica de su hermano, el emperador José II, siendo secundado en sus proyectos por el obispo de Pistoia y de Prato, Scipion Ricci ⁵, quien convocó, en 1786, un sínodo diocesano en la misma ciudad de Pistoia, en el cual se propusieron á los eclesiásticos, en

¹ Entre sus obras se distinguen especialmente: *De Beatificat. et canonizat. Sanctorum*; *De sacrificio Missae*; *De festis Christi et Mariae*; *De synodo dioeclesana*.

² *Scriptores rerum Ital. — Antiquitates medii aevi. — Liturgia romana vetus*. Ven. 1728, 2 tom. in fol. *De Modératione ingenior. in religionis negotio*. Aug. Vind. 1779.

³ *Bona*, *De rebus liturgicis*, y muchos otros tratados preciosos: *De sacrificio Missae tractatus asceticus*, ed. *Sintzel*. Ratisb. 1841. *Manuductio ad coelum*; *De principiis vitae christ.* (Op. Tur. 1747 sq. 4 t. in fol.).

⁴ Véase § XX.

⁵ Véase *Huth*, *Hist. ecles. del siglo XVIII*, t. II, p. 535 sig. *Robiano*, loc. cit. t. II, p. 72 sig.